

# Imagen de América en la poesía de la generación del 27

## I. América imaginada

### *El mito*

...embebieron mi mente las leyendas  
de aquellos que pasaban a las Indias.

(Luis Cernuda, *Quetzalcóatl*)

**E**l mito de América, mito en el que lo desconocido, lo misterioso y lo diferente son los valores principales y ofrecen la posibilidad de realizar el eterno sueño del hombre, ha perdurado en la conciencia de los europeos desde hace siglos. A pesar de que hoy día adquiere otros significados y dimensiones de los que tenía en el momento de su aparición, sigue intrigando a algunos de los que emprenden el viaje al Nuevo Mundo. Los sigue atrayendo por razones bien diferentes que en aquella época, pero a veces suena en la llamada al viajero algún lejano eco del antiguo mito.

No cabe duda de que, dentro de eso, la actitud de los españoles frente a América es especial. «América la heredamos los españoles hasta el llanto», dijo Rafael Alberti en una conferencia en Roma. «Cuando la recorremos, presentimos que ya lo hemos hecho antes, que ya hemos hablado con aquellos indios de Chile o de Perú, que ya nos hemos arrodillado ante los dioses de México o de Guatemala y quedado atónitos». Esta sensación de reconocer las tierras americanas (¿y tomarlas en posesión?) es común en Alberti y Salinas, quien dice en una carta: «Acabo de regresar de un estupendo viaje a Sudamérica, (...). ¡Qué cosas he visto, qué paisajes imponentes, qué ciudades, qué iglesias esas de Quito, qué gentes! Y se saca la mis-

<sup>1</sup> José Luis Aranguren: «Sobre América y la poesía», Crítica y meditación, [Madrid: Taurus 1977], pág. 49.

<sup>2</sup> Julio César Chaves: Unamuno y América, [Madrid: Cultura Hispánica, 1964], pág. 11.

<sup>3</sup> Véase: Marcelino Menéndez Pelayo: Antología de poetas hispanoamericanos, [Madrid: Real Academia Española, 1893-95]; Historia de la poesía argentina, [Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1947]; Juan Valera: Cartas americanas, [Madrid: Fuentes, 1889]; Nuevas cartas americanas, [Madrid: Librería de Fernando Fé, 1890]; Ecos argentinos, [Madrid: Librería de Fernando Fé, 1901]. Consúltese: Menéndez Pelayo y la hispanidad, epistolario, [Santander: Junta Central del Centenario de Menéndez Pelayo, 1955]; Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, [Madrid-Buenos Aires: Compañía iberoamericana de publicaciones, 1930]; Francisco Monteverde: La literatura mexicana en la obra de Menéndez y Pelayo, [México: UNAM, 1958]; Ramón de Garcíasol: «América, preocupación de don Juan Valera», Estudios Americanos, Sevilla: 17 [1959], 217-234; Carlos Rama: Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina, [México: Fondo de Cultura Económica, 1982], pág. 174-180; y otros.

ma impresión de siempre: ¡qué grande ha sido España, y con qué alegría y firmeza puede uno andar por estas tierras!».

En la percepción de ambos poetas la herencia española sigue siendo fuerte en el antiguo imperio colonial, por lo que empuja a los peninsulares a buscar su futuro al otro lado del océano. De hecho, «desde el siglo XIX el pobre emigrante español escapa allí, un chiquillo todavía, para inventarse libremente la vida y hacerse tan nuevo y otro, que ya ni siquiera será español, sin más, tampoco americano, sino *indiano*, un modo de ser transatlántico y original»<sup>1</sup>. No obstante, el interés que incita el otro continente se basa durante siglos en razones puramente económicas. Al empezar el siglo XX, «el desconocimiento y la subestimación de América eran la característica del intelectual europeo, sin exceptuar, desde luego, al español. Para ellos —como tres siglos atrás— todavía terminaba el mundo de la inteligencia en la costa atlántica de Portugal y España»<sup>2</sup>.

Marcelino Menéndez Pelayo y Juan Valera son los primeros en introducir una nueva veta intelectual y artística en el pensamiento español sobre América<sup>3</sup>. A continuación, el tema americano no está ausente en casi ningún miembro de la generación del 98, salvo en el decididamente antiamericano Pío Baroja. Ramiro de Maeztu se hace conocer como un gran doctrinario del movimiento hispanista. Ángel Ganivet se enorgullece de «una inmensidad de pueblos hermanos a quienes marcar con el sello de nuestro espíritu». Los personajes de Ramón del Valle-Inclán recuerdan el mito y confunden su propia vida con la de los grandes personajes históricos:

Yo iba a desembarcar en aquella playa sagrada, siguiendo los impulsos de una vida errante, y al perderme, quizás para siempre, en la vastedad del viejo Imperio Azteca, sentía levantarse en mi alma de aventurero, de hidalgo y de cristiano, el rumor augusto de la Historia. (*Sonata de estío*).

La vida de muchos de los escritores del principio del siglo está marcada por experiencias americanas de sus antecesores o parientes porque, como recuerda Rafael Alberti, «España había perdido su última colonia de América, pero su recuerdo permanecía vivo». Para Miguel de Unamuno, América es un mito transmitido por su padre, un *indiano*; sin embargo, él es el primer escritor español que ve en el otro continente algo más que el recuerdo y fuente de ingresos. «Allá en mi tierra vasca —dice—, y en todo el litoral cantábrico, los capitales que de América traen los indios (...) son uno de los más poderosos factores de despertar económico. ¿No nos ha de venir también de las Indias alguno que otro capital espiritual, ahorro de energía y pensamiento, que nos ayude en el despertar del espíritu?».

Unamuno es, pues, el que radicaliza el nuevo enfoque del tema americano, alejándose de sus aspectos puramente *coloniales* y hasta intentando considerar el continente como una unidad cultural autónoma frente a la herencia es-

pañola<sup>4</sup>, es decir, fijándose en su condición actual, de interés para los españoles en cuanto a fuente de riqueza espiritual. A partir de sus aportaciones, el tema americano que se hace presente en la vida literaria española no siempre recurre al antiguo mito de la conquista y de la colonia; la literatura hispanoamericana se convierte, desde Unamuno, en una constante de la crítica literaria española.

Al mismo tiempo, la *otra América*, la no hispana, empieza a atraer el interés de los artistas e intelectuales europeos. La civilización norteamericana aparece como un gran atractivo (Luis Buñuel dice en sus memorias que admiraba América antes de conocerla —refiriéndose, por supuesto, a los Estados Unidos—, y que le gustaba todo de allí: costumbres, películas, rascacielos y hasta los uniformes de la policía...), a veces incluso como una atracción fatal (Lorca, hablando en sus cartas de los motivos de su viaje a Nueva York, dice que la ciudad le parece horrible, por eso mismo se va allí). Así, podemos observar cómo se está construyendo en la conciencia europea un nuevo mito de América que en la percepción española será el segundo elemento —de igual o hasta más importancia que el mito *colonial*— que influirá la visión americana de los que viajarán al otro continente en el momento de su conocimiento. La noción del descubrimiento seguirá, pues, presente y marcará la experiencia americana de los más contemporáneos.

## El viaje

Y el momento llegó cuando nos fuimos por el mar un puñado de hombres.

(Luis Cernuda, *Quetzalcóatl*)

El contacto con lo desconocido puede llegar a la dimensión de un gran encuentro si es percibido y expresado poéticamente. Lorca lo explicó como «puesta en contacto» de dos mundos poéticos: el del escritor con el de la realidad que lo rodea, y que él descubre. En el caso de la generación del 27<sup>5</sup>, este encuentro o «puesta en contacto» se produjo por casualidad, sin que los poetas se hayan fijado ese objetivo ni lo hayan previsto. Sí, eran conscientes de lo atractiva que podía resultar la expedición al otro lado del océano («Entonces México era un país extraordinario», recuerda Rafael Alberti), sentían el peso de la historia («México es un país colosal, fue el primer objetivo de la conquista española», me dijo en la misma entrevista), y quizás, antes habían soñado en revivir la fabulosa aventura de los conquistadores (como Luis Cernuda en *Quetzalcóatl*). Pero no era el deseo de comprobar el mito ni el de verificar las leyendas que les empujaba a emprender el camino.

<sup>4</sup> No lo logra y, a la larga, «unimisma a España e Hispanoamérica y, por tanto, es incapaz de fijarse detenidamente en lo que es auténticamente americano. (...) Es decir, le interesó América a través de España, no por América misma». Iris M. Zavala: «Hacia una teoría de Españaoamérica: Hispanoamérica en Unamuno, ¿realidad o ficción?», Revista Interamericana de Bibliografía, Washington D.C.: 15 (1965), pág. 353.

<sup>5</sup> La denominación generación del 27 ha sido siempre imprecisa. Para no establecer nuevos límites al grupo de poetas llamado de esta forma, considero como sus miembros a los indiscutibles, es decir, a Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Emilio Prados y Pedro Salinas, dejando fuera de este trabajo la obra de José Moreno Villa, León Felipe y otros poetas que a veces se incluyen en la llamada generación.

Dos primeros viajes de los poetas de la generación del 27 para América se realizaron por causas anteriores al exilio. Lorca salió a Nueva York en 1929 a raíz de una fuerte crisis espiritual que primero le hizo abandonar Madrid y refugiarse en Granada y, pocos meses después, aceptar la invitación de su amigo y maestro don Fernando de los Ríos para acompañarle a América y allí buscar nuevas experiencias. Sería, por lo tanto, un clásico viaje de descubrimiento, realizado, sin embargo, sin ninguna ilusión. En el barco, Lorca se encuentra siempre dominado por sus pesadillas y sólo a éstas se refiere en su correspondencia: «Me siento deprimido y lleno de añoranzas. (...) No sé para qué he partido; me lo pregunto cien veces al día». Contrariamente a la capacidad de escribir poesía siempre y en cualquier momento (declarada hasta en una entrevista: «¿Ha escrito usted durante el viaje? Siempre. Los versos los anoto en cualquier momento»), no deja ningún conocido testimonio poético de la travesía del océano. Solamente la llegada a la otra orilla y el contacto directo, el descubrimiento de la realidad americana, dará el fruto poético y empezará uno de los períodos más fecundos de la creación de Lorca.

Otro de los poetas de la generación del 27 que conoció el continente americano antes de tener que exiliarse en él, es Rafael Alberti. En *13 bandas y 48 estrellas. Poema del Mar Caribe* (1935), fruto poético de su primera estancia en América, si «va recreando (...), con riguroso orden cronológico, las etapas de un viaje real» y, «acaso recordando a los cronistas de Indias»<sup>6</sup> a los que conocía y admiraba, refleja en versos muchas de las impresiones vividas a lo largo de este, también, viaje de descubrimiento. No obstante, tampoco se refiere al mismo pasaje, al principio de la expedición. La falta de algún diario de a bordo que permitiría conocer sus pensamientos al acercarse al que él mismo, guiado por Bernal Díaz del Castillo y su *Verdadera historia*, consideraba Nuevo Mundo, se debe probablemente a la enorme preocupación del poeta por la situación contemporánea del continente que domina por completo su percepción de la realidad americana. Lo demuestran las anotaciones que Alberti añadió a la primera edición de su libro para hacerlo más accesible a todo tipo de lector. En la nota sobre Santo Domingo, por ejemplo, se concentra en la condición actual de la isla: «Santo Domingo fue el primer país del mar Caribe que sufrió la intervención militar americana y el establecimiento de un protectorado». Incluso cuando hoy recuerda este viaje, destaca su carácter político: «El primer viaje a México lo hice en el año 1935. Un año antes de la guerra. Primero, para dar conferencias en México, en Cuba y en Norteamérica. Y fui también claramente para sacar dinero para los obreros asturianos».

El factor de la actual situación política dominó también el segundo viaje de Rafael Alberti a América, el del exilio. «Este viaje no fue un viaje espon-

<sup>6</sup> Aurora de Albornoz: *Estudio preliminar a: Rafael Alberti: 13 bandas y 48 estrellas*, [Madrid: Espasa-Calpe, 1985], pág. 28.